

# Jürgen Moltmann

---

## La justicia crea futuro

---

## Política de paz y ética de la creación en un mundo amenazado

---

Sal Terrae

**P**resencia  
teológica**A**

Presencia Teológica

Sal Terrae

---

La amenaza de aniquilación masiva de la humanidad y de la naturaleza por la acción de las armas atómicas, químicas y biológicas, así como la inminente catástrofe ecológica —una posibilidad cada vez más real—, están poniendo en entredicho la supervivencia de la vida sobre la tierra. El futuro ya no es algo que se pueda dar por sentado, sino que debemos «crearlo» conscientemente si queremos garantizar la vida de las generaciones venideras y de toda otra forma de vida en este mundo.

Ésta es la situación que analiza Jürgen Moltmann en estas páginas. Y lo hace considerando las dimensiones sociales, políticas y ecológicas de dicha situación y tratando de dar respuestas teológicas a los acuciantes problemas que se plantean y que no parecen tener solución si no se adopta como criterio ineludible la justicia para con las futuras generaciones y para con la propia creación.

**Jürgen MOLTSMANN**, nacido en 1926, es Profesor de Teología Sistemática en la Universidad alemana de Tübingen. Entre sus principales obras traducidas al castellano, figuran: *Teología de la esperanza*, *El Dios crucificado*, *Dios en la creación*, *Teología política-Ética política*, *Trinidad y Reino de Dios...*



9 788429 310603

Naturalmente, mis experiencias sobre esta nueva situación son experiencias europeas, y mi forma de expresarlas está impregnada de tradición occidental, concretamente alemana. Por eso me he contenido conscientemente y hablo poco de la situación en los países del Tercer Mundo, pero no porque no me importe dicha situación, sino porque en estas cuestiones los que tienen la palabra son los teólogos de aquellas regiones del planeta. Y es que estoy convencido de que la comunidad de los teólogos, de los cristianos y de cualesquiera personas, en este mundo único pero dividido, se hace más fuerte en la medida en que cada cual profundiza en el conocimiento de su propia situación. Cuanto más nos comprometamos por la paz y el desarme en una Europa dividida, tanto más nos acercaremos y ayudaremos a quienes en el Tercer Mundo luchan por la liberación y la justicia económica. «Solidaridad» significa también resolver los propios problemas en comunidad con los demás y con la mirada puesta en sus problemas.

Los tres capítulos sobre justicia social, política de la paz y ética de la creación, que presento a continuación, tienen su origen en sendas conferencias que he impartido y analizado en los últimos dos años en Alemania, Italia, Hungría, Holanda, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Australia, Canadá y Estados Unidos. Esta publicación pretende también servir al proceso de formación conciliar sobre «Justicia, Paz y Conservación de la Creación» que el Consejo Mundial de las Iglesias propuso e inauguró en Vancouver en 1983.

Tübingen, 6 de diciembre de 1988

Jürgen Moltmann

# 1

## ¿Tiene futuro la sociedad moderna?

### 1. Contradicciones de la sociedad moderna

Por «sociedad moderna» entiendo, en general, las sociedades humanas nacidas de las revoluciones industriales, aunque tengo muy especialmente presente a la sociedad alemana occidental, en la que vivo y en la que tienen que vivir también mis hijos. Todas las sociedades industriales están expuestas a un permanente cambio social. Concretamente, asistimos hoy a la «tercera revolución industrial»: después de la mecanización vino la electrificación, y ahora aparece la informatización del trabajo. El cambio en las formas de producción exige de los hombres movilidad y flexibilidad, a la vez que requiere capacidad para hacer realidad nuevas posibilidades y fuerza para superar las contradicciones que se experimentan. Desde el punto de vista social y político, la moderna sociedad industrial es necesariamente una sociedad sometida a permanentes reformas. Sólo si está dispuesta a transformarse, puede esta sociedad actuar todas sus posibilidades.

Sin embargo, para cualquier reforma social necesitamos una visión histórica, es decir, la visión de un futuro por el que merezca la pena vivir. Especialmente en momentos en los que las transformaciones técnicas hacen in-

currir a muchos en grandes contradicciones sociales y asumir grandes riesgos económicos, resulta vital esa visión del futuro. «Cuando no hay visiones, el pueblo muere» (Prov 29,18). Las personas conservadoras no tienen futuro, porque están incapacitadas para el cambio. Desean que todo permanezca tal como está para ellos. Pretenden prolongar su presente en el futuro para defender su propiedad. Por eso suelen temer a un futuro que pueda resultar diferente del presente que conocen. El cambio no les infunde esperanza, sino únicamente temor. Pero quien sólo desea prolongar su presente en el futuro pierde las nuevas posibilidades que el futuro le ofrece, ahogando, junto con esas posibilidades, el propio futuro. Además, la simple continuación de lo existente no da lugar hoy a ningún futuro por el que merezca la pena vivir. Sólo a base de cambios y reformas podremos salvar para el futuro lo que consideramos digno de conservarse. El miedo al futuro que sienten los conservadores, marxistas o antimarxistas, suele expresarse hoy como preocupación ante la «desestabilización». Pero sin una desestabilización consciente y querida del propio sistema no hay transformación («perestroika») posible ni esperanza de un futuro nuevo. Dicho de un modo más sencillo: sin crisis no hay oportunidad; sin crítica no hay libertad.

¿Tiene «futuro» la sociedad moderna?

Muchas personas que sufren y reconocen las contradicciones de esta sociedad lo dudan muy seriamente. Otras muchas, que padecen tales contradicciones, pero no las reconocen, lo dudan de un modo un tanto difuso. En general, puede decirse que jamás ha habido en las sociedades ricas de este mundo tanta desorientación, resignación y cinismo, tanto autoaborrecimiento y tanta agresividad hacia las instituciones como lo que se observa hoy en las sociedades industriales de Occidente. Paso a continuación a enumerar algunas de esas contradicciones:

a. Las sociedades en las que vivimos no sólo son clasistas, sino que se caracterizan además por ser lo que ha dado en llamarse «sociedades de los dos tercios». Son sociedades en las que dos tercios de la población fuerzan al otro tercio a vivir por debajo del umbral de la pobreza y a ser una especie de población superflua («surplus-people»), a pesar de que existen los medios que permitirían a todos los miembros de nuestra sociedad gozar de una vida libre y justa. En este sector se encuentran niños y ancianos, minusválidos y analfabetos y muchos grupos marginados. En Alemania Occidental tenemos una tasa de desempleo que oscila entre el 8 y el 10% y estamos preparados, según las explicaciones oficiales del gobierno, para «vivir con este desempleo estructural» también en el futuro, aun cuando, según el artículo 23 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, «toda persona tiene derecho al trabajo». Al 10% de nuestra población se le priva no sólo de la posibilidad de acceder a unos medios de subsistencia dignos, sino también de la autoestima que proporcionan el salario, el trabajo y la comunidad de intereses con otras personas. El hecho de que, desde hace unos diez años, algunas de nuestras sociedades industrializadas de Occidente generen una «nueva pobreza» no es una fatalidad, sino el resultado de una negligencia sociopolítica. Es un escándalo el que, debido a la amenaza del paro, toda una juventud esté tomando conciencia y constatando a diario que no se la necesita. Sabemos que existe una relación entre desempleo, delitos contra la propiedad y población carcelaria. El 50% de dicha población en los Estados Unidos ha padecido en algún momento el desempleo. A partir de 1979 se han incrementado en Alemania hasta en un 60% los robos con fractura. Para esa juventud, nuestra sociedad ha llegado a su término: «No hay futuro» («No Future»), es su respuesta desesperada.

b. Quien tiene esperanza en el futuro ahorra en el presente e invierte en dicho futuro. Quien no tiene esperanza y no

desea ningún futuro disfruta el presente y *contrae deudas* que sus hijos, o quien sea, tendrán que pagar más tarde. La esperanza o la desesperación de una sociedad se reflejan en sus inversiones y en sus deudas. Nuestras sociedades occidentales no se limitan en modo alguno a ser simples acreedoras de los países de un Tercer Mundo cada vez más endeudado, sino que ellas mismas, empezando por los Estados Unidos, agravan constantemente su déficit público con inmensas deudas. De ese modo gravamos a nuestros hijos y a las generaciones venideras con enormes cargas y les hacemos más difícil la vida. Ésta es «política sin futuro», «No-Future-Politics»<sup>1</sup>.

c. Para protegerse unas de otras, las sociedades modernas han inventado y construido el «sistema de disuasión nuclear». Por temor a la aniquilación mutua, se invierte cada vez más en medios para la «seguridad», desde la bomba atómica hasta la Iniciativa de Defensa Estratégica: la certeza de una destrucción recíproca debe garantizar la seguridad. Pero cuantos más medios se inviertan en esta «seguridad», menor será el valor de lo que se quiere asegurar. La disuasión nuclear amenaza con aniquilar no sólo al enemigo potencial, sino a toda la humanidad y toda forma de vida superior sobre la tierra. Es decir, encierra el peligro potencial de una matanza generalizada. La humanidad en su conjunto se ha hecho vulnerable, y son dos o tres sistemas político-militares los que deciden sobre su extinción o su supervivencia. Hay que reconocer, con el filósofo Günter Anders, que en Hiroshima y Nagasaki comenzó, en 1945, el posible fin de la humanidad: el final del futuro es una posibilidad constante.

d. Es cierto que la moderna sociedad industrializada ha producido más riqueza que ninguna otra sociedad a lo largo

1. Datos concretos, en R. NORTH, *Wer bezahlt die Rechnung? Die wirklichen Kosten des Wohlstands*, Wuppertal 1988.

de la historia. Pero ha producido esa riqueza para los seres humanos a costa de la naturaleza. Hasta ahora, ninguna sociedad humana había ocasionado tantos daños y tan irreparables en el medio ambiente. La «crisis ecológica» en que nuestras sociedades han precipitado a la naturaleza y a los seres humanos se ha convertido ya, probablemente, en una verdadera «catástrofe ecológica», al menos para los seres vivos más débiles<sup>2</sup>. Los que lo saben viven con el terrible temor de que la naturaleza pueda degradarse de tal modo que un día la humanidad, como en su tiempo los dinosaurios, se extinga como especie. Y lo que hace que este pensamiento sea más preocupante es la sospecha de que la decisión podría haber sido ya tomada de forma irreversible, porque ya no es posible controlar los tóxicos que ascienden a la capa de ozono que rodea la tierra o que se infiltran en su suelo. En tal caso, el destino de la humanidad estaría ya sellado antes de que se evidencien los síntomas de su extinción. De hecho, ya no tendríamos futuro, sino tan sólo un presente que no tardará en convertirse en pasado.

¿Tenemos los cristianos una «visión de esperanza» para este mundo o, por el contrario, el cristianismo establecido se ha fundido de tal modo con nuestra sociedad que compartimos las ambigüedades y contradicciones de ésta y ya no tenemos ningún mensaje de esperanza que ofrecer a nuestros contemporáneos? Indudablemente, en una sociedad pluralista la Iglesia de Cristo no tiene derecho a erigirse en portavoz de todos los seres humanos, cristianos y no cristianos; pero todos los seres humanos en esta sociedad sí tienen derecho a oír lo que los cristianos como tales cristianos —es decir, en razón de su peculiar fe y de su profunda esperanza— tenemos que decir.

2. Cfr. *Zur Lage der Welt 87/88. Daten für das Überleben unseres Planeten*, Worldwatch Institute Report, Frankfurt 1987.

Es cierto que del cristianismo establecido que se practica en nuestra sociedad pocos esperan que brote una visión de esperanza en un futuro por el que merezca la pena vivir. Ahora bien, ¿qué es la verdadera Iglesia de Jesucristo, sino la realidad de la perfecta *conversión* a Dios y del *renacer* consciente a la esperanza viva? Y en esa unidad de conversión y renacer, ¿qué es la Iglesia de Jesucristo, sino el sacramento del futuro de Dios y del futuro del mundo? En mi opinión, esto es aún más cierto que lo anterior. Para ser cristiano, yo no sabría encontrar mejor razón que esta experiencia divina de la conversión, del renacer a una esperanza viva y de la presencia del reino de Dios en el Espíritu que da la vida.

## 2. Experiencia de Dios y esperanza de futuro del cristiano

Cuando el cristiano piensa en el futuro de esta sociedad amenazada de muerte, inicia la experiencia que le hace cristiano. Cuando la Iglesia se integra activamente en los conflictos de la sociedad en la que vive, lo hace por voluntad del Dios al que debe la existencia. El compromiso social del cristiano es testimonio de Cristo, y la responsabilidad política de la Iglesia dimana del núcleo más íntimo de su misión divina; de lo contrario, ambas cosas resultarían arbitrarias y, en el fondo, superfluas. Pero ¿qué es lo que hace al cristiano ser cristiano, y a la Iglesia ser la Iglesia de Cristo?

a. En primer lugar, la acción justificadora y pacificadora de Dios, por medio de Cristo, en nosotros los hombres, injustos y belicosos. «Cristo fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación», dice Pablo (Rom 4,25). Y en la Carta a los Colosenses (1,19-20) se dice lo mismo de la paz: «[Quiso Dios] reconciliar por él y para él [Cristo] todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y lo que hay en los cielos». Todo lo que define al cristiano y todo cuanto

es y puede hacer la Iglesia se debe, pues, a esta acción justificadora y pacificadora de Dios en Cristo. Consiguientemente, la Iglesia no es más que fruto de la *pasión reconciliadora* y de la *acción justificadora* de Dios; y, en la unidad de ambas cosas, la Iglesia es la obra de la *voluntad pacificadora y vivificadora de Dios*. Lo que, por la fe, experimentamos como «Iglesia» ha sido siempre descrito como la experiencia de la gracia, de la aceptación y la rehabilitación divinas respecto de los hombres, que se dan por vencidos porque ya no ven ante sí ningún futuro.

b. Ahora bien, toda gracia origina la correspondiente misión. Si la Iglesia y los cristianos son obra de la acción justificadora y pacificadora de Dios, por lo mismo son también el instrumento de esa acción divina en el mundo. De la justificación de los hombres injustos se sigue su misión en favor de una más perfecta justicia en la sociedad. De la pacificación de los hombres belicosos se sigue su misión de pacificación en los conflictos de la misma sociedad. No puede haber otra respuesta por parte de los cristianos a su experiencia de Dios. Por supuesto que la acción creadora de Dios y la acción de respuesta del hombre no se encuentran en el mismo plano. Dios es Dios, y el hombre es hombre. Pero nadie puede separar ambos planos, que han sido unidos por el propio Dios. Del mismo modo que el hombre le debe enteramente a Dios su justificación, así también Dios lo hace depender todo del proceder justo del hombre. A aquel a quien justifica, Dios le hace sentir también hambre y sed de justicia. Dios nos otorga su paz para hacer de nosotros pacificadores. Quien se contenta con recibir la paz de Dios y no se hace pacificador a su vez, no conoce la dinámica del Espíritu de Dios.

La Iglesia existe como obra e instrumento de la justicia de Dios en la sociedad moderna, y los conflictos económicos, políticos y sociales de esta sociedad son también sus propios conflictos, que son experimentados por los

cristianos en propia carne. Cuanto más creen en la justicia de Dios, más profundamente sufren los cristianos la injusticia que observan. Si no hubiera Dios, tal vez podría uno resignarse a la violencia y a la injusticia, que obedecerían al acontecer normal de la realidad. Pero, si hay un Dios, y si este Dios es el Dios justo, entonces no podemos conformarnos, ni podremos jamás acostumbrarnos a la injusticia, sino que nos opondremos a ella y la combatiremos con todas nuestras fuerzas. Si hay Dios, entonces hay una justicia y un juicio a los que nadie puede sustraerse.

Cuanto mayor sea la exactitud con que una iglesia conozca su contexto social, tanto más eficazmente podrá ser instrumento de la justicia de Dios en dicha sociedad. La teología política en Europa y la teología de la liberación en América Latina nos han hecho tomar conciencia de nuestro contexto social y político. Lo cual no tiene nada que ver, como algunos sospechan, con una presunta «politización de la Iglesia» en sentido «izquierdista», sino que únicamente sirve al testimonio público de Cristo por parte de la Iglesia y a la responsabilidad que a todo cristiano compete respecto de la justicia de Dios<sup>3</sup>.

c. Si la Iglesia de Cristo es la obra y el instrumento de la justicia de Dios en el mundo, entonces es también el *principio* y la *garantía* de la nueva creación futura del mundo en esta justicia. Si en la Iglesia se experimenta la paz de Dios, entonces ha de brotar también en ella la esperanza en la «paz en la tierra». La fe responde con pensamientos, palabras y obras a la justicia de Dios que se ha experi-

3. Cf. *Justicia económica para todos. La doctrina social católica y la economía de los Estados Unidos* (Carta Pastoral de la Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos), PPC, Madrid 1987. En esta encomiable declaración sobre justicia económica y social se echa en falta, desgraciadamente, la perspectiva de la justicia ecológica, sin la cual no hay justicia económica y social duradera.

mentado, y la *esperanza* aguarda el mundo nuevo y justo. La fe acepta la paz con Dios, pero la *esperanza* anticipa el nuevo mundo de la paz. La fe encuentra el consuelo de Dios en todo sufrimiento, pero la *esperanza* mira hacia el futuro de una nueva creación en la que ya no habrá llanto ni luto ni dolor. Por decirlo más sencillamente: el que cree en Dios tiene esperanza para esta tierra y no desespera, sino que, más allá del horizonte del terror apocalíptico, ve el mundo nuevo de Dios y actúa en consecuencia.

En los debates ecuménicos nacidos de Uppsala en 1968, hemos llamado a esta vida en la esperanza «*vida en la anticipación*»: preparad el camino al Señor. Y, aunque la angustia y los temores han aumentado, considero el mensaje de Uppsala más actual y válido que nunca:

«Confiado en el poder renovador de Dios, os exhortamos a que participéis en la anticipación del reino de Dios y contribuyáis a que se haga ya visible de algún modo la nueva creación que Cristo habrá de consumir en su día... Dios renueva, y Cristo quiere que su Iglesia sea ya signo y anuncio de una sociedad humana renovada».

Los seres humanos viven no sólo de tradiciones, sino también de anticipaciones. Con temor y esperanza anticipamos el futuro y nos preparamos para él en el presente. Los que hoy desesperan y dicen que no hay futuro están anticipando su final y arruinando la vida de los demás. Pero los cristianos anticipamos el futuro de la nueva creación, del reino de la justicia y la libertad, no porque seamos optimistas, sino porque confiamos en la fidelidad de Dios. Por supuesto que no vamos a hacer realidad en el mundo el reino de la justicia. Sin embargo, por voluntad de Dios, no podemos eximirnos de esta tarea. Una *anticipación* es una prueba, un signo de la esperanza y un comienzo de la vida nueva.

### 3. Crear justicia en la sociedad

Pasemos ahora a considerar la vida de los seres humanos en sus relaciones esenciales desde la perspectiva de la justicia de Dios y de la paz, que está al servicio de la vida.

Para ello seguiremos el siguiente orden:

- a. Las personas en la comunidad.
- b. La comunidad entre generaciones.
- c. Las generaciones en el medio ambiente natural.
- d. La creación en el presente de Dios.

#### a. Las personas en la comunidad

La moderna sociedad industrial ha generalizado un tipo de individualismo por el que cada cual busca su propia libertad y nadie se interesa demasiado por los demás. En virtud del principio de competencia, los fuertes y hábiles se ven recompensados, mientras que los débiles e incapaces son castigados. Si a ello se añade el hecho de que, en principio, las oportunidades, las profesiones y los puestos de trabajo escasean, entonces surge la lucha de todos contra todos, porque «nunca hay bastante para todos». El resultado es una sociedad de oportunistas en la que cada vez es mayor el número de personas que se ven arrojadas a los márgenes o a los estratos inferiores. La ideología según la cual «nunca hay bastante para todos» hace de los humanos unos seres solitarios y aislados, privándoles de sus relaciones con los demás y ocasionándoles la muerte social.

Para que los hombres puedan volver a vivir de una manera humana en nuestra sociedad, debemos construir comunidades «desde abajo» y reconocer que las personas sólo pueden desarrollar su personalidad en un ámbito relacional y comunitario. La alternativa a la pobreza no es la propiedad. La alternativa a la pobreza y a la propiedad es la comunidad. El principio vital se llama «ayuda mutua», como ya mostró —tanto en relación al mundo animal

como al mundo de los hombres— *P. Kropotkin* frente a *Ch. Darwin*. En la comunidad nos hacemos ricos: ricos en amigos, vecinos, colegas, hermanos y hermanas, en quienes podemos confiar en caso de necesidad. Colectivamente, como comunidad, podemos ayudarnos a nosotros mismos en la mayoría de las dificultades. Juntos y solidariamente, tenemos la suficiente fuerza para configurar nuestra propia suerte. Pero, si nos dividimos, entonces nos hacemos susceptibles de ser dominados, según el antiguo adagio romano: «divide y vencerás». La comunidad es, por tanto, el verdadero escudo de la libertad de las personas.

Pero también hemos de reconocer, por contra, que la comunidad suele ser conservadora, aun cuando las personas puedan ser creativas.

Los seres humanos se desarrollan en comunidad, y la comunidad humana se transforma en las personas.

La sociedad moderna es siempre una sociedad centralista que ha establecido en las metrópolis los grandes centros industriales y administrativos, con lo que ha empobrecido a los pequeños municipios y ha desertizado el campo. La nueva construcción de una sociedad humana deberá, pues, empezar por esas unidades locales, más abarcales y habitables, a las que habrá que devolver muchas de las funciones y tareas transferidas a las instancias centrales. En la era de los modernos medios de comunicación, la *descentralización* no constituye ningún problema técnico. La sociedad tiene en las comunidades independientes unas dimensiones más humanas y vivas.

Lo mismo puede decirse de la Iglesia establecida, al menos en Alemania, donde hemos arrebatado a las comunidades locales las dimensiones misionera, ecuménica y diacónica, que han sido delegadas a organismos más complejos y voluminosos. Lo cual ha empobrecido y hecho más pasivas a las comunidades locales. Toda delegación

de tareas que uno mismo puede realizar conduce a una alienación. Por eso se quiere ahora restituir esas tareas a las comunidades locales, a fin de que éstas sean más diacónicas, misioneras y ecuménicas. Las comunidades locales pueden cuidar por sí mismas de muchos de sus miembros más desvalidos y ancianos si, en lugar de ser comunidades exclusivamente dedicadas a lo religioso y cúllico, se transforman en comunidades de vida. Así se describía a la primera comunidad cristiana de Jerusalén: «La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma... todas las cosas las tenían en común... y no había entre ellos nadie que pasara necesidad» (Hch 4,32ss). No creo que esto sea ninguna utopía, sino un mandato divino del Espíritu que también nosotros podemos vivir.

En este contexto hay que contemplar también el problema del *desempleo*. El trabajo es una exigencia fundamental de la vida humana, porque no sólo asegura la subsistencia material, sino que además proporciona reconocimiento social y autoestima personal. En una palabra, forma la personalidad. Consiguientemente, el «derecho al trabajo» es algo más que un derecho material: pertenece al ámbito más profundo de la persona. El modo que tengamos de trabajar y de repartir las posibilidades de trabajo determinará, no sólo nuestro destino personal, sino también nuestro futuro colectivo.

Por eso el compromiso por la justicia en las diferentes áreas del trabajo significa al menos lo siguiente: 1) el reparto equitativo de las posibilidades de trabajo entre hombres y mujeres mediante la reducción de la jornada laboral y la creación de nuevos puestos de trabajo; 2) la remuneración justa del trabajo y el establecimiento de unas condiciones laborales humanas; 3) una amplia oferta de formación y reciclaje de los trabajadores; 4) en lugar de anticipar la jubilación, promover el disfrute de «años sabáticos» a lo largo del período de actividad laboral; y 5) el reconocimiento social del trabajo no remunerado, es-

pecialmente el trabajo en el hogar y la atención familiar a los niños y a los ancianos.

Necesitamos una nueva definición del trabajo: el trabajo —hablando de modo general— es la participación activa en el *proceso social*, y no sólo en el *proceso productivo* de la sociedad. Todo cuanto sea trabajar honradamente en el proceso social exige el reconocimiento público, incluso en el plano económico.

#### b. *La comunidad entre generaciones*

Evidentemente, nos hemos acostumbrado a ver la vida humana de manera «sincrónica»: todos los hombres de una determinada época. Sin embargo, una somera ojeada al Antiguo Testamento nos muestra que las culturas antiguas siempre han considerado la vida humana de manera «diacrónica»: todos los hombres en el transcurso de las sucesivas generaciones. De hecho, los hombres no son únicamente seres sociales, sino también *seres generacionales*. Han sido creados como generaciones, y como generaciones viven unos con otros y para otros. Por eso la vida humana depende absolutamente de la observancia o la ruptura de un tácito *contrato generacional* que constituye la base de toda vida. Dicho contrato generacional estipula que los padres han de cuidar de los hijos mientras éstos son pequeños e indefensos, y que los hijos han de hacer lo propio con los padres cuando éstos se hacen viejos y necesitados de ayuda. Pero tal contrato no afecta únicamente a las familias, sino a todos los hombres de las distintas generaciones que viven juntas en una sociedad. Y, como todo hombre vive inserto en una «cadena» generacional a la que debe su propia vida, por eso está obligado a cuidar de la generación más joven y también de la más vieja. Por tanto, la condición de «prójimos» se vive también en la comunidad de generaciones que cuidan unas de otras; es decir, no sólo en la unión contractual entre el hombre y la mujer, sino también en la solidaridad entre jóvenes y viejos.

Actualmente se da, sin embargo, no sólo un egoísmo personal y un egoísmo colectivo, sino también un egoísmo de la generación actual respecto de las generaciones venideras. En la cadena generacional, la comunidad humana sólo puede subsistir si se da un justo equilibrio de las posibilidades de vida entre las generaciones actuales y las generaciones venideras; pero hoy planea la amenaza de una ruptura del contrato generacional que podría resultar mortal para la humanidad: nuestra generación está consumiendo las reservas petrolíferas existentes en el planeta; estamos gravando el presupuesto de comunidades, ciudades y naciones con monstruosas deudas que las generaciones venideras tendrán que pagar; estamos cubriendo la tierra de residuos tóxicos que nuestros hijos tendrán que exhumar para librarse de ellos; estamos produciendo en las centrales nucleares residuos atómicos que, según los distintos materiales y su respectiva «fecha de caducidad», deberán permanecer almacenados y vigilados hasta el año 3000, el 5000 o incluso más allá. Y, por si fuera poco, en nuestras sociedades vivirán en el futuro más ancianos y menos jóvenes que en cualquiera de las sociedades que hasta ahora han sido, con lo que se incrementarán las pensiones que los jóvenes deberán pagar por sus mayores. En una palabra, la generación actual está poniendo las cosas muy difíciles a las generaciones venideras; no estamos obrando justamente con nuestros hijos.

Para ser justos con las generaciones venideras deberíamos establecer con mayor honestidad la relación costos-beneficios en la explotación de los recursos. Es inadmisibile que las ganancias se disfruten ahora y los costos deban ser pagados por las generaciones venideras. Según la Constitución de la República Federal Alemana, la propiedad tiene una *función social*. Quien adquiere y posee una propiedad contrae una responsabilidad social. Ahora bien, la propiedad permanece a lo largo de la sucesión de las generaciones y, consiguientemente, tiene también una *fun-*

*ción hereditaria.* Debemos, pues, entregar a las generaciones venideras la tierra, el aire y el agua tal como nosotros los recibimos. Todo ordenamiento de la propiedad debe enmarcarse en el contrato generacional, porque, en estricta justicia, la propiedad sólo debe utilizarse teniendo en cuenta a las generaciones venideras. En las antiguas sociedades agrarias resultaba perfectamente natural legar intacta a los hijos la tierra que se había heredado. Y en las modernas sociedades industriales hay que establecer expresamente este *derecho hereditario* entre las generaciones, porque ha dejado de ser algo obvio y coherente para muchas personas.

Las generaciones humanas forman la comunidad de la humanidad en el tiempo, y ésta consiste en la sucesión de las generaciones. Dicha comunidad en el tiempo es, pues, una comunidad verdaderamente humana cuando reina la justicia entre las generaciones y se respeta el «contrato generacional». En nuestra situación actual hay que respetar, ante todo, los derechos de los niños y de las generaciones venideras, porque, por una parte, los niños son los miembros más débiles de la cadena generacional y, por otra, las generaciones venideras, que aún carecen de voz, serán las primeras víctimas de la actual situación<sup>4</sup>.

### c. Las generaciones en el medio ambiente natural

La otra esfera vital que hoy es generalmente reconocida la constituyen el medio ambiente natural y la relación de la cultura humana con la naturaleza de la tierra. Los humanos, además de seres sociales y generacionales, son también seres naturales; pertenecen a la naturaleza y dependen de ella. Las civilizaciones humanas sólo pueden desarrollarse en un adecuado equilibrio con los condicionantes cósmicos del organismo de la tierra. Si se destruyen éstos, entonces

4. Cf. V. HAUFF (ed.), *Unsere gemeinsame Zukunft. Der Brundtland-Bericht der Weltkommission für Umwelt und Entwicklung*, Greven 1987.

aquellas desaparecen. Esto lo sabían perfectamente las sociedades agrarias premodernas, que, gracias a su religiosidad cósmica de carácter animista, tenían muy en cuenta dichos condicionantes. Las modernas sociedades industriales, en cambio, son las primeras que han prescindido de las leyes y los ritmos de la naturaleza, formándose únicamente en función de los deseos e ideas humanos. La moderna civilización científico-técnica ha sido la primera civilización que se ha limitado, en su relación con la naturaleza, a someterla y explotarla. Ya había predicho Francis Bacon que la ciencia y la técnica habrían de convertir a la naturaleza en «esclava del hombre», y René Descartes se deshacía en alabanzas ante la perspectiva de que el hombre, gracias a la ciencia y a la técnica, se convirtiera en «maître et possesseur de la nature». Sin embargo, contra su violación por parte de la moderna sociedad industrial, la naturaleza protesta muriendo silenciosamente o generando «contra-evoluciones» como el Sida o la proliferación de algas, etc. Semejante colapso hará que los hombres se extingan y la tierra sobreviva sin ellos.

Las sociedades que únicamente se preocupan de crecer y expansionarse son, a la larga, incapaces de subsistir, porque le exigen demasiado a su base humana y a su base natural, destruyendo éstas y arruinándose a sí mismas. Sólo una *conversión* radical y completa del estilo de vida del hombre y de los modos de producción de la industria podría evitar la muerte ecológica de la humanidad. Necesitamos una reforma ecológica de nuestra sociedad, de la producción, del consumo, del transporte... Lo cual es perfectamente factible desde el punto de vista técnico, con tal de que se desee desde el punto de vista político. Hay que examinar detenidamente toda propiedad humana, en especial la gran propiedad industrial y los medios de transporte, en función de su *incidencia medioambiental*. Todo cuanto dañe o destruya el medio ambiente natural ha de ser restringido o suprimido totalmente. Los bienes de con-

sumo cuyos residuos no pueden ser eliminados o catabolizados, como es el caso de ciertos productos químicos y del plástico, no pueden seguir siendo producidos. Es preciso desenmascarar como «antinatural» e «insano» el modo de vida, propio de los países desarrollados, que produce tantos residuos, y reformarlo en favor de un modo de vida más natural y más sano. La *justicia ecológica*, que es la base de una simbiosis duradera entre la humanidad y la naturaleza, será tan importante en el futuro como la *justicia económica* o la *justicia intergeneracional*.

Pero la reforma ecológica de nuestra sociedad también ha de empezar por las colectividades de tamaño reducido y suficientemente «manejables». Sólo los extraños no se preocupan de la destrucción del medio ambiente. En cambio, quien reside en un lugar determinado preserva el medio ambiente y mantiene habitable el entorno. De ahí las justificadísimas iniciativas ciudadanas contra los grandes proyectos industriales de consorcios multinacionales que destruyen la naturaleza.

#### d. *La creación en el presente de Dios*

Volviendo de nuevo al ámbito de las actitudes personales, es menester, ante todo, un nuevo aprecio de la naturaleza y un nuevo respeto por la vida de las demás criaturas. Aquí es donde veo yo la gran misión de las diversas religiones, y en especial de la Iglesia cristiana, porque fue precisamente la «religión de la modernidad» occidental la que abrió el camino a la secularización de la naturaleza. Al término de la larga historia de nuestra civilización —y como consecuencia, por un lado, del *monoteísmo* moderno y, por otro, del *mecanicismo* de las ciencias de la naturaleza— ha quedado destruida la antigua concepción del mundo basada en la armonía de las fuerzas de la naturaleza. El *monoteísmo* moderno ha despojado a la naturaleza de su misterio divino y la ha «desencantado», como decía *Max Weber*, haciendo de ella un objeto de la conquista

humana. Si ha de llegarse a un nuevo aprecio de la naturaleza y a un nuevo respeto por la vida de las demás criaturas, entonces ha de reformarse a fondo esa «religión de la modernidad», de modo que ya no podamos separar a Dios y a la naturaleza, sino que percibamos a Dios en la naturaleza y a la naturaleza en Dios. Hemos de volver a integrarnos en la omniabarcante *comunidad de la creación*, de la que nos habíamos desprendido. Hemos de comprender de nuevo que la naturaleza y nosotros mismos somos creación de Dios y, en nombre de la creación divina, debemos oponernos a la destrucción de la naturaleza. Ya no podemos pretender únicamente conocer la naturaleza para dominarla, sino comprenderla para colaborar con ella. Tenemos que admitir la cogestión de la naturaleza no humana en la reforma ecológica de nuestra sociedad y respetar los derechos de otras criaturas distintas de nosotros. Hemos de redescubrir la *sabiduría de Dios en la naturaleza*, de la que se afirma en el capítulo 8 (35-36) del Libro de los Proverbios: «El que me halla a mí, halla la vida... pero el que me ofende hace daño a su alma; todos los que me odian aman la muerte». Aquí radica, en mi opinión, la principal y más urgente tarea de la teología actual. En la *reforma ecológica* de la «religión de la modernidad» veo yo la principal misión de la Iglesia de Cristo en nuestros días. La condición necesaria para un cambio ecológico de la moderna sociedad industrial consiste en que se produzca previamente un cambio espiritual y cultural que hunda sus raíces en una nueva experiencia religiosa de la realidad de Dios y de la naturaleza.

¿Tiene futuro la sociedad moderna? Si lo tiene, se llama *conversión*.

¿Sobrevivirá la humanidad a las crisis que hemos descrito? Ni podemos ni tenemos derecho a saberlo. Si supiéramos que la humanidad *no va a sobrevivir*, ya no haríamos nada por nuestros hijos, sino que nos limitaríamos a decir: «Después de nosotros, el diluvio». Y si supiéramos

que la humanidad *va a sobrevivir*, tampoco haríamos nada, con lo cual desaprovecharíamos nuestra oportunidad de convertirnos. Por tanto, como no podemos saber si la humanidad va a sobrevivir o no, hemos de proceder como si el futuro de toda la humanidad dependiera de nosotros y, al mismo tiempo, confiar ciegamente en que Dios sigue siendo fiel a su creación y no va a permitir que se pierda.